

## El lenguaje del placer

**Al** leer la primera parte de *La noche es joven* me asaltaron muchas preguntas. ¿Por qué Héctor Carrillo estaba tan preocupado por las identidades sexuales? ¿Por qué parecía que a cada práctica sexual correspondía una identidad específica? ¿Qué necesidad había de tal correspondencia?

Al ir avanzando en la lectura me pareció observar cómo el autor, antropólogo al fin, iba descendiendo o adentrándose cada vez más en las complejidades de las culturas sexuales mexicanas. Fui testigo, en mi lectura, de una transformación subjetiva y científica en la que Carrillo pasaba de la extrañeza a la comprensión, de estar “afuera” a estar “adentro”. En estas primeras páginas me pareció notorio el diálogo entre una cultura sexual norteamericana centrada en las identidades y su potencial emancipador, y las estrategias de sujetos sexuales que con frecuencia buscan *escapar* a tales identidades sexuales; un diálogo entre una concepción “moderna” (para usar los términos en el texto) de la sexualidad como la *verdad de sí*, y la multiplicidad de fuentes de identidad como el género, la edad y algunas distinciones de clase.

Mexico-norteamericano el autor, mexicana quien aquí escribe, Carrillo y una servidora nos enfrascamos en una conversación fructífera y dinámica. Pronto le agradecí que, en su indagación sobre posibles identidades, me mostrara la equivalencia cultural entre ser “normal” y ser heterosexual; que me hiciera evidente la manera en que “heterosexual” no es una identidad sexual en México, debido precisamente a que es innecesario nombrar la norma si ya la desviación está permanentemente evocada y señalada. Al leer estas conver-

saciones entre Carrillo y sus extrañados informantes, pensé en lo que Butler llama la “matriz heterosexual”, es decir, la construcción de un sujeto de sexo/género/deseo acorde con tal normativa.

Prosiguiendo la lectura, una de las expresiones que más me mostraban el diálogo intercultural contenido en el texto era la expresión “tener sexo”, la cual me parecía una traducción del “*to have sex*”, que en *mexicano* se dice con frecuencia “tener relaciones sexuales”, “acostarse” o, simplemente, “cojer”. En todo caso, esta frase me indicaba, una vez más, el encuentro entre la construcción moderna de la sexualidad como cosa-en-sí-misma y la especie de magma que los participantes construían en sus discursos con respecto a su experiencia sexual.

Carrillo, sin embargo, tiene la virtud de indagar con sumo cuidado qué significa en realidad “sexo” para sus entrevistados, lo cual no hace una buena parte de la investigación sobre sexualidad en nuestro país. Colonizados por cierta visión medicalizada, con demasiada frecuencia equiparamos “sexo” con coito hetero y homosexual, reduciendo así las infinitas posibilidades del erotismo. Y con esa pregunta sobre el significado de “sexo”, se abre en esta obra un mundo de significaciones, imágenes y prácticas que llevan al lector al corazón de la experiencia sexual de los informantes... y de muchos de nosotros.

Haciendo una profunda investigación de lo que llama “el silencio sexual”, Carrillo se sumerge en los vericuetos de la cultura mexicana que al mismo tiempo fuerzan y permiten a los sujetos una diversidad de significados y prácticas. Con un gran detalle, el autor nos pasea de la mano por las estrategias de transgresión de hombres y mujeres homo- y heterosexuales, mostrando que, a pesar de la importancia de ese discurso, la prohibición no lo es todo en este país, y nos muestra la función ambigua de tal silencio sexual, el cual excluye y al mismo tiempo tolera prácticas no heteronormativas. Esta complejidad cultural y subjetiva contrasta definitivamente con la política de la revelación de la identidad sexual, tan importante en las luchas homosexua-

les de los países llamados del primer mundo y en especial en las culturas anglosajonas.

Más aún, el supuesto silencio sexual se muestra en realidad poblado de voces, especialmente del albur, arte mexicano sexualizado por excelencia. No puedo más que imaginar la angustia de Carrillo al tratar de traducir al público estadounidense la riquísima danza de significados de esta singular práctica discursiva.

Algo similar sucede cuando nos adentramos en lo que Carrillo llama “el momento sexual” y que consiste en una exploración minuciosa de lo que los participantes definen como tal. Poco a poco, el lector va abandonando el espacio del pensamiento para ingresar al ámbito de las sensaciones, las imágenes, los recuerdos, los sabores. La descripción verbal del placer se nos escapa como agua entre las manos, los participantes vacilan, se esfuerzan, buscan palabras para expresar lo que los cuerpos hacen elocuentemente. Pero fracasan... a menos que recurran a la poesía. El lenguaje se muestra corto si no recurre a la metáfora, y las narraciones se parecen cada vez más a descripciones coreográficas, codificadas en lo que Hector llama “libretos sexuales”, y que en el caso que nos ocupa se escriben y escenifican a través de “la colisión de los cuerpos”.

La definición del momento sexual como “estado alterado de conciencia” se impone con el avance de las páginas. Este trabajo trae a la investigación sobre “construcciones sexuales de la sexualidad” precisamente los cuerpos, las sensaciones y las relaciones, las cuales paradójicamente han estado muy ausentes en los textos académicos. Carrillo se muestra afortunadamente obstinado en hacer objeto de investigación científica una experiencia que ha sido reservada a la expresión artística y estética, porque necesitamos, tanto como él, mostrar su vinculación con el poder, la segregación y la violencia.

Las consecuencias de este dispositivo a través del cual se hace al silencio gritar son extremas: al mostrar que el llamado “sexo” está imbricado en relaciones, insinuaciones, culturas, temores, esperanzas y amores, Carrillo critica de paso

las aproximaciones “racionalistas” a la prevención del sida. Los discursos modernizantes, individualizantes y medicalizados chocan estrepitosamente contra la fluidez del deseo, los vínculos y los significados del “sexo” para estos entrevistados. Los exhortos a la “negociación” del uso del condón, entendidos como un proceso de diálogo verbal entre los miembros de la pareja ignoran y desdeñan las sutilezas de la excitación ligada al ejercicio de poder, la fluidez del encuentro sexual, el valor del silencio en el movimiento de los cuerpos.

Se complica el panorama cuando los participantes expresan sus dificultades para usar el condón: significados asociados a la confianza, la pasión y el amor ofrecen con frecuencia una barrera contra las prácticas preventivas. La renuncia de sí como condición del amor romántico, tan valorado por estas mujeres y hombres, avasalla en ocasiones a la conciencia del riesgo de infección.

Para Carrillo, mejor harían las estrategias educativas en reconocer la complejidad de utilizar el condón, inclusive la incomodidad que significa detener, supuestamente, “la fluidez” del momento sexual. “Cuando haces el amor con condón no estás con una persona, sino con una bolsa”, dice Juan, homosexual tapatío plenamente consciente del riesgo de infección por VIH. El condón aparece así como un elemento de distancia, de diferenciación, en un momento en el que el deseo de fusión lo es todo.

Asimismo, hay una aparente incompatibilidad entre las relaciones estables y amorosas y el uso del condón, pues parece más fácil utilizarlo en relaciones casuales donde la supuesta desconfianza no amenace un vínculo apreciado y necesitado. A juzgar por las narraciones de Carrillo, los significados negativos del condón se anclan no sólo en significados culturales vinculados al género, sino en nuestras necesidades más primarias de conexión emocional, dependencia y amor. Distinto sería el panorama si pudiéramos definir el uso del condón y otras estrategias preventivas como muestra de amor, y no su contrario.

Carrillo termina su discusión ofreciendo alternativas a este enorme desafío:

- Es imprescindible “personalizar” lo que se sabe sobre sida, afirma el autor, fomentando la reflexión sobre prevención siempre en relación con el contexto emocional, relacional, cultural y económico del sexo.
- Requerimos, al mismo tiempo, sostener estrategias de desarrollo y combatir los procesos sociales en los que se ancla el VIH: pobreza, desigualdad, discriminación, violencia.
- Es necesario trabajar en modelos educativos participativos, cuyas discusiones versen sobre las *dificultades* contextuales para la prevención, en lugar de enfatizar el *fracaso* de las personas en el uso del condón. Hace falta discutir, por ejemplo, la escasez y/o ineficiencia de servicios de salud accesibles a todos, la carestía de los condones, las condiciones culturales que dificultan el libre ejercicio de la sexualidad, etc., es decir, la educación para la ciudadanía, es decir, para el ejercicio de los derechos •

### **Ana Amuchástegui**

Carrillo, Héctor: *La noche es joven. La sexualidad en México en la era del sida*, trad. de Enrique Mercado, Océano, México, 2005. Título original: *The night is young. Sexuality in Mexico in the time of AIDS*, The University of Chicago Press, Chicago, 2002.